

decir en el elogio histórico de la Mettrie: «Ha muerto en el palacio de milord Tirconnel, plenipotenciario de Francia, á quien había dado la vida; parece que la enfermedad, sabiendo muy bien lo que se hacía, le atacó primero al cerebro para estar más segura de matarle, invadiéndole una fiebre muy alta con un violento delirio; el enfermo se vió obligado á recurrir á la ciencia de sus colegas, pero no encontró auxilio más que en sus propios conocimientos que tantas veces se había prestado á sí mismo y al público.» Es verdad que el rey se expresó de otro modo en una carta confidencial escrita á su hermana, la margrave de Bayreuth (36); esta carta dice que la Mettrie tenía una indigestión de pastel de faisán; sin embargo, el monarca parece considerar como la causa real de la muerte una sangría que la Mettrie se prescribió á sí mismo para mostrar á los médicos alemanes, con los que había tenido una discusión acerca de este punto, la utilidad de las sangrías en tales casos.

CAPITULO III

El sistema de la naturaleza.

Los órganos del movimiento literario en Francia; sus relaciones con el materialismo.—Cabanis y la fisiología materialista.—El *Sistema de la naturaleza*; su carácter general.—Su autor es el barón Holbach.—Otros escritos de Holbach.—Su moral.—Sumario de la obra; la parte antropológica y los principios generales del estudio de la naturaleza.—La necesidad en el mundo moral; conexiones con la Revolución francesa.—«El orden y el desorden no están en la naturaleza»; polémica de Voltaire contra esta tesis.—Consecuencias sacadas del materialismo en virtud de la asociación de las ideas.—Consecuencias para la teoría estética.—La idea de lo bello en Diderot.—Ley de las ideas, morales y estéticas.—Lucha de Holbach contra el alma inmortal.—Aserción relativa á Berkeley.—Ensayo para fundar la moral en la fisiología.—Pasajes políticos.—Segunda parte de la obra; lucha contra la idea de Dios.—Religión y moral.—Posibilidad general del ateísmo.—Conclusión de la obra.

Si entrase en nuestro plan seguir en detalle las formas múltiples que ha recibido la concepción materialista del universo y apreciar la lógica más ó menos cerrada de los pensadores y escritores que no rinden homenaje al materialismo más que incidentalmente unos, en tanto que otros se aproximan á él cada vez más por un lento desarrollo y muchos, en fin, se manifiestan claramente materialistas aunque, por decirlo así, contra su voluntad, ninguna época nos suministraría mayor número de materiales que la segunda mitad del siglo XVIII, ni país alguno tendría en nuestro cuadro sitio más extenso que Francia.

Hallamos, en primer término, á Diderot, hombre plebético de inteligencia y de entusiasmo, á quien llaman

tan á menudo el jefe y el general de los materialistas, siendo así que tuvo necesidad de un desarrollo lento y progresivo para llegar á una concepción realmente materialista; es más, su espíritu estuvo hasta el último instante en un estado de fermentación que no le permitió ni completar ni dilucidar sus ideas; esta noble naturaleza que contenía todas las virtudes y todos los defectos del idealista, en primer lugar el anhelo por la dicha de la humanidad, una amistad hasta el sacrificio y una fe inquebrantable en lo bello, lo bueno, lo verdadero y en la perfectibilidad del mundo, fué arrastrada, como ya vimos, en cierto modo á su pesar, hacia el materialismo por la corriente irresistible de la época. El amigo y colega de Diderot, d'Alembert, fué, por el contrario, mucho más allá del materialismo porque «se sentía tentado á pensar que todo cuanto vemos es sólo una ilusión de los sentidos y porque no existe fuera de nosotros cosa alguna que corresponda á lo que creemos ver»; hubiese podido llegar á ser para Francia lo que fué Kant para el mundo entero, si hubiese conservado este pensamiento en su espíritu y se hubiese elevado en algún modo sobre la sencilla expresión de un fugaz escepticismo; pero siendo lo que fué, no llegó á ser ni aun el «Protágoras» de su tiempo, como Voltaire se complacía en llamarle. Buffon, reservado y circunspecto; Grimm, con su discreción diplomática; Helvetius, vanidoso y superficial, todos se aproximaban al materialismo sin mostrar la firmeza de principios y la integridad lógica de un pensamiento fundamental que distinguieron á la Mettrie á pesar de toda la frivolidad de su estilo. Debiéramos mencionar á Buffon como naturalista y tratar sobre todo ampliamente de Cabanis, el padre de la filosofía materialista, si nuestro objeto no nos obligase á entrar inmediatamente en el terreno decisivo, reservando para más tarde echar una ojeada por las ciencias especiales en la exposición histórica de las principales cuestiones de que aquí se trata;

nos limitaremos, pues, á indicar el período que transcurrió entre *El hombre-máquina* y el *Sistema de la naturaleza*, á pesar de las ricas enseñanzas que suministra al historiador de la literatura, para pasar en seguida á la obra que ha sido muy á menudo denominada el Código ó la Biblia del materialismo.

El *Sistema de la naturaleza* con su lenguaje franco y leal, la marcha casi alemana de sus ideas y su prolijidad doctrinal, presentó en un haz el resultado preciso de todas las ideas ingeniosas que fermentaban en esta época, y este resultado, presentado en una forma rigurosa y definitiva, desconcertó á aquellos mismos que habían contribuido más á alcanzarlo. La Mettrie asustó principalmente á Alemania y el *Sistema de la naturaleza* espantó á Francia; si los fracasos de la Mettrie en Alemania fueron debidos en parte á su frivolidad, defecto que es soberanamente antipático á los alemanes, el tono grave y didáctico del libro de Holbach tuvo ciertamente gran parte en la repulsión que inspiró en Francia; una gran diferencia resultó también de la época en que ambos libros aparecieron, dado el estado de los espíritus en las dos naciones respectivas; Francia se aproximaba á su Revolución en tanto que Alemania iba á entrar en el período de florecimiento de su literatura y de su filosofía; en el *Sistema de la naturaleza* se siente ya el soplo impetuoso de la Revolución francesa. En 1770 apareció en Londres, según se dice, pero en realidad en Amsterdam, la obra titulada *Sistema de la naturaleza ó leyes del mundo físico y del mundo moral*; llevaba el nombre de Mirabaud, muerto diez años antes, y por superfetación llevaba una breve noticia de la vida y escritos de este hombre que había sido secretario de la Academia francesa; nadie creyó en tal paternidad literaria, pero, cosa notable, nadie adivinó tampoco el verdadero origen del libro, aunque salió del cuartel general materialista y no fué, en realidad, más que un anillo de la larga cadena de

producciones literarias de un hombre á la vez original y serio.

Paul-Henri-Thierry d'Holbach, rico barón alemán nacido en Heidelberg, en el Palatinado, en 1723, vino desde su juventud á París y, como Grimm, su compatriota y amigo íntimo, se plegó completamente al temperamento de la nación francesa; si se considera el influjo que estos dos hombres ejercieron en el círculo de sus relaciones amistosas y se les compara con los personajes de la sociedad alegre é ingeniosa que se reunían de ordinario en el hogar hospitalario de Holbach, se les asignará sin esfuerzo y muy naturalmente un papel preponderante á estos dos alemanes en las cuestiones filosóficas discutidas por los concurrentes de dicho salón; silenciosos, tenaces é impasibles, permanecían como pilotos seguros de sí mismos en medio de aquel torbellino de talentos desencadenados; á su papel de observadores unían ambos, cada uno á su modo, una influencia profunda, tanto más irresistible cuanto se percibía menos; en particular Holbach no parecía ser más que el eternamente bueno y generoso *anfitrión* de los filósofos; á todos encantaba su buen humor y su corazón excelente; se admiraban tanto más libremente sus beneficios, sus virtudes privadas y sociales, su modestia y su bondad en el seno de la opulencia cuanto que sabía hacer plena justicia al talento de cada uno, no teniendo él mismo otras pretensiones que la de mostrarse como amable anfitrión; precisamente esta modestia impidió durante mucho tiempo á sus amigos considerar á Holbach como el autor de un libro que emocionó tanto á la opinión pública; aun después que se hubo comprobado que la obra había salido del círculo de sus íntimos amigos, todavía se obstinaron en atribuir la paternidad ya al matemático Lagrange, que había sido preceptor en casa del barón, ya á Diderot, ó bien á la colaboración de muchos escritores; hoy es un hecho innegable y evidente que el verdadero autor fué Holbach,

aunque varios capítulos hayan sido elaborados por Lagrange (por su especialidad, como Diderot de maestro en el estilo) y por Naigeon, colaborador literario de Diderot y Holbach; no sólo Holbach redactó toda la obra, sino que fué también el ordenador y quien dirigió su composición entera; además, Holbach llevaba algo más que una simple dirección, pues poseía conocimientos muy variados y profundos en las ciencias físicas; había principalmente estudiado la química, dió á la *Enciclopedia* los artículos relativos á esta ciencia y tradujo del alemán al francés muchos tratados de química. «Su erudición era tanta como su fortuna, escribe Grimm, y nadie dudó nunca de que no le era posible ocultarla sin lastimar su propia satisfacción y sobre todo la de sus amigos.» Los otros escritos de Holbach, que son numerosos, tratan la mayor parte de las mismas cuestiones que el *Sistema de la naturaleza*; algunos, como *El buen sentido ó ideas naturales opuestas á las ideas sobrenaturales* (1772), tienen una forma popular por estar destinados evidentemente á divulgarlos en las masas.

La tendencia política de Holbach, aunque no se pronuncia en favor de ninguna forma determinada de gobierno, era tanto más clara y precisa que la de la mayor parte de sus colegas franceses; no participaba de la manía que muchos franceses tuvieron por las instituciones inglesas, imposibles de importar á Francia dadas las diferencias de carácter de ambas naciones; con un vigor tranquilo é impasible, explica el derecho de los pueblos á regir por sí mismos sus destinos, el deber impuesto á todas las autoridades de inclinarse ante ese derecho sirviendo á las aspiraciones vitales de las naciones, la naturaleza criminal de todas las pretensiones contrarias á la soberanía del pueblo y la nulidad de todos los tratados, leyes y fórmulas legales que tratan de sostener las pretensiones culpables de algunos individuos; el derecho de los pueblos á la revolución,

cuando su situación se hace intolerable, es un axioma á sus ojos y justo en toda la extensión de la palabra.

La moral de Holbach es grave y pura, aunque no se eleva más allá de la idea de la felicidad: la falta de sensibilidad y el soplo poético que anima á la teoría de Epicuro en la armonía de la vida del alma, se eleva sin embargo en un noble arranque sobre el individualismo y funda las virtudes en el interés del Estado y de la sociedad. Cuando creemos encontrar en el *Sistema de la naturaleza* una inspiración frívola, en el fondo se trata mucho menos de un ataque ligero y superficial dirigido contra la moral (lo que sería realmente frívolo), que de un completo desconocimiento del valor moral é intelectual de las instituciones del pasado, especialmente de la Iglesia y de la revelación; este desconocimiento es de una parte resultado de la falta de sentido histórico, propia del siglo XVIII, y por otra fácilmente comprensible en una nación que, como Francia entonces, no tenía poesía original, pues de esta fuente de vida surge todo lo que para existir y obrar toma su fuerza en la esencia más íntima del hombre, sin necesidad de justificarse por el razonamiento científico; por eso en el célebre juicio de Goethe acerca del *Sistema de la naturaleza*, la crítica más profunda se asocia á la más grande injusticia, por efecto de la conciencia ingenua que el poeta tiene de su actividad y de sus creaciones originales, y descubre, por último, la oposición grandiosa de la vida intelectual de la Alemania rejuvenecida al lado de la aparente «decrepitud» de Francia.

El *Sistema de la naturaleza* se divide en dos partes, de las cuales la primera contiene los principios generales del sistema y la antropología, y la segunda la teología (si cabe emplear esta expresión); desde el prefacio se ve que el verdadero objeto del autor es trabajar por la dicha humana. «El hombre es desgraciado porque desconoce la naturaleza; su espíritu está de tal modo inficionado de preocu-

paciones que se le creería condenado al error para siempre; la venda de la opinión con que le cubren los ojos desde la infancia está anudada con tal firmeza que no sin grandes dificultades se logra desatarla; para desgracia suya, quiere franquear los límites de su esfera, intenta lanzarse más allá del mundo visible, y caídas crueles y reiteradas le advierten sin cesar en vano la locura de su empresa. El hombre desdeñó el estudio de la naturaleza para correr en pos de fantasmas que, semejantes á esos fuegos engañosos que el viajero distingue en la noche, le aterrorizaron y le ofuscaron haciéndole abandonar la senda sencilla de la verdad, sin la cual no puede obtener la dicha; ya es tiempo de sacar de la naturaleza los remedios contra los males que nos ha causado el entusiasmo; la verdad es una y jamás puede perjudicarnos; es al error á quien se deben las cadenas abrumadoras que los tiranos y los sacerdotes forjan en todas partes para todas las naciones; al error se debe la esclavitud en que han caído casi todos los pueblos; al error se deben esos terrores religiosos que en todas partes esterilizan á los hombres en el temor ó los hacen matarse por quimeras; al error se deben esos odios inveterados, esas persecuciones bárbaras, esos continuos asesinatos y esas tragedias tremendas de que tantas veces ha sido teatro la tierra con pretexto de los intereses del cielo. Tratemos, pues, de desvanecer las sombras que impiden al hombre caminar con paso seguro por la senda de la vida é inspirémosle valor y respeto por la razón; y si no puede vivir sin quimeras, que por lo menos permita á los demás imaginarlas de otro modo diferente de las suyas; por último, que se persuada de que es muy importante para los habitantes de este mundo ser justos, bienhechores y pacíficos.»

Cinco capítulos tratan de los principios generales del estudio de la naturaleza; la naturaleza, el movimiento, la materia, la regularidad de todo cuanto sucede, la esencia

del orden y del azar son los puntos á cuyo examen dedica Holbach sus tesis fundamentales; de estos capítulos, el último es principalmente el que, por su inexorable eliminación de todo asomo de teología, sembró para siempre la discordia entre deístas y materialistas é impulsó en particular á Voltaire á dirigir sus más violentos ataques al *Sistema de la naturaleza*. La naturaleza es el gran todo del que el hombre forma parte y bajo cuyas influencias se halla; los seres que se colocan más allá de la naturaleza son en todos tiempos productos de la imaginación, sin que podamos sospechar cuál es su esencia, dónde residen y cómo obran; no hay ni puede haber nada fuera del círculo que abraza á todos los seres; el hombre es un ser físico y su existencia física un cierto modo de acción derivado de su organización especial; todo lo que el espíritu humano ha imaginado para el mejoramiento de nuestra condición no es más que una consecuencia de la reciprocidad de acción que existe entre sus inclinaciones y la naturaleza que le rodea; los animales van también de necesidades y formas simples á necesidades y formas cada vez más complejas, y lo propio ocurre con las plantas; el áloe crece imperceptiblemente durante una serie de años hasta que produce sus flores que son el indicio de su muerte próxima; el hombre, como ser físico, obra en virtud de influencias sensibles y perceptibles, y como ser moral según el influjo que sus preocupaciones le permiten discernir; la educación es un desenvolvimiento; ya Cicerón dijo: *Est autem virtus nihil aliud quam in se perfecta et ad summum perducta natura*; todas nuestras ideas insuficientes provienen de la falta de experiencia y cada error es origen de una preocupación; cuando desconoce la naturaleza el hombre, se crea divinidades que llegan á ser el único objeto de sus temores y de sus esperanzas; no reflexiona que la naturaleza no conoce el odio ni el amor, y que en su marcha incesante, produciendo ya una alegría ó bien un sufrimiento, obra según leyes inmuta-

bles. El mundo sólo nos ofrece en todas partes materia y movimiento; es un encadenamiento infinito de causas y efectos; los elementos más diversos obran y reaccionan continuamente los unos sobre los otros, y sus diferentes propiedades y combinaciones forman para nosotros la esencia de cada cosa; la naturaleza es, pues, en sentido lato, la reunión de diversos elementos en toda cosa en general, y en el sentido limitado la naturaleza de una cosa es el conjunto de sus propiedades y de sus formas de acción; si, por consecuencia, se dice que la naturaleza produce un efecto, no se debe personificar la naturaleza como una abstracción, sino que significa sencillamente que el efecto en cuestión es el resultado necesario de las propiedades de uno de los seres de que se compone el gran Todo que vemos.

En la teoría del movimiento, Holbach se atiene por completo al principio sentado por Toland en la disertación de que hablamos anteriormente; es verdad que define mal el movimiento (37); pero le estudia en todas sus fases y á fondo, sin tocar las teorías matemáticas, y debemos observar á este propósito que en toda la obra, conforme al designio práctico del autor, las ideas positivas y especiales ocupan el lugar de las consideraciones generales y abstractas. Cada cosa es susceptible de ciertos movimientos en virtud de su naturaleza especial; así, nuestros sentidos son capaces de recibir las impresiones de determinados objetos; nosotros no podemos saber nada de un cuerpo que no nos produce ni directa ni indirectamente modificación alguna; todo movimiento que percibimos, ó bien transporta el cuerpo entero de un punto á otro ó ya se verifica en las más pequeñas partes de este cuerpo produciendo perturbaciones ó modificaciones que notamos sólo cuando cambian las propiedades de este cuerpo; los movimientos de este género forman la base del crecimiento de las plantas y de la actividad intelectual del hombre.

Se llaman movimientos comunicados los que del exterior se imprimen á un cuerpo, y espontáneos cuando la causa del movimiento está en el cuerpo mismo; á esta categoría pertenecen en el hombre la marcha, la palabra y el pensamiento, aunque, reflexionándolo mejor, encontraremos que, hablando en absoluto, no existen movimientos espontáneos, pues hasta la voluntad del hombre está determinada por causas exteriores. La comunicación del movimiento de un cuerpo á otro se halla regida por leyes necesarias; en el universo todo se mueve continuamente y el reposo es sólo aparente (38); hasta lo que los físicos han llamado *nisus* no se puede explicar más que por el movimiento; cuando una piedra de 500 libras descansa sobre la tierra, aquélla la oprime á ésta en cada instante con todo su peso, y la tierra experimenta por reacción la presión de la tierra, y bastará interponer la mano para ver que la piedra desarrolla bastante fuerza para triturarla á pesar de su reposo aparente; no hay nunca acción sin reacción; las fuerzas llamadas muertas y las fuerzas llamadas vivas son, pues, idénticas, sólo que se desarrollan en circunstancias diferentes; hasta los cuerpos más durables están sometidos á continuas modificaciones; la materia y el movimiento son eternos, y el mundo sacado de la nada no es más que una frase vacía de sentido; querer remontarnos al origen de las cosas es cerrar los ojos ante las dificultades y substraerlas á la apreciación de nuestros sentidos.

En lo que concierne á la materia, Holbach no es estrictamente atomista; admite, es verdad, moléculas elementales, pero declara que la esencia de los elementos es desconocida; no conocemos más que algunas propiedades; todas las modificaciones de la materia resultan de su movimiento; este último cambia la forma de las cosas, disuelve sus moléculas constituyentes y las obliga á contribuir al nacimiento ó á la conservación de seres completamente distintos. Entre los que se llaman los tres reinos

de la naturaleza se efectúa un cambio y una circulación continuas de las partes de la materia; el animal adquiere fuerzas nuevas alimentándose de plantas y de otros animales; el aire, el agua, la tierra y el fuego ayudan á su conservación; pero estos mismos principios, reunidos en combinaciones diferentes, llegan á ser la causa de su disolución, pues los mismos elementos constitutivos sirven para componer formas nuevas ó trabajan en nuevas destrucciones. Tal es la marcha constante de la naturaleza, tal es el círculo eterno que todo lo que existe está obligado á describir; así es como el movimiento hace nacer, conserva algún tiempo y destruye sucesivamente las partes del universo, las unas con las otras, mientras que la suma de la existencia es siempre la misma. La naturaleza, en sus combinaciones, produce soles que son centros de otros tantos sistemas; produce planetas que, por su propia esencia, gravitan y describen sus revoluciones alrededor de esos soles; poco á poco el movimiento altera á unos y á otros, y dispersará acaso un día las partes de que están compuestas esas masas maravillosas que el hombre, en el corto espacio de su existencia, no hace más que entrever de pasada».

Por lo demás, en tanto que Holbach está así completamente de acuerdo con el materialismo de nuestros días, respecto á las tesis generales se atiene aún, para sus opiniones relativas al cambio de la materia, á la ciencia antigua, lo que demuestra cuán lejos estaban esas abstracciones de los verdaderos caminos de la ciencia de la naturaleza; á sus ojos el fuego es todavía el principio vital de las cosas; como Epicuro, Lucrecio y Gassendi cree que las moléculas de naturaleza ígnea desempeñan un papel en todos los hechos de la vida, y que, tan pronto visibles como ocultas en el resto de la materia, producen numerosísimos fenómenos. Cuatro años después de la publicación del *Sistema de la naturaleza*, Priestley descubrió el oxígeno y, mientras Holbach escribía aún ó dis-

cutía sus principios con sus amigos, Lavoisier trabajaba ya en esa grandiosa serie de experimentos á los cuales debemos la verdadera teoría de la combustión, y de ahí una base completamente nueva para esta misma ciencia que Holbach también había estudiado; este último se contentaba, como Epicuro, con exponer los resultados lógicos y morales de las investigaciones hechas hasta entonces, y Lavoisier estaba dominado por una idea científica á la que consagró su existencia.

En la teoría de la regularidad de los hechos, Holbach vuelve á las fuerzas fundamentales de la naturaleza; la atracción y la repulsión son las fuerzas de donde provienen todas las combinaciones y separaciones de las moléculas en los cuerpos; una y otra son, como ya lo entendió Empédocles, lo que el odio y el amor en el mundo moral; esta combinación y esta separación están regidas también por las leyes más rigurosas; muchos cuerpos, que por sí mismos no se prestan á combinación alguna, pueden ser dirigidos por la intervención de otros; sér, es moverse de un modo individual y conservarse, es comunicar ó recibir los movimientos que son la condición del mantenimiento de la existencia individual; la piedra resiste á la destrucción por la simple cohesión de sus partes y los seres orgánicos por medios complejos; la necesidad de la conservación la denomina la física facultad de durar y la moral la llama egoísmo. Entre la causa y el efecto reina la necesidad, tanto en el mundo moral como en el físico; las moléculas de polvo y agua, en los torbellinos de un huracán, se mueven en virtud de la misma necesidad que un individuo en las tempestades de una revolución. «En las terribles convulsiones que agitan á algunas sociedades políticas y que producen á menudo la ruina de un imperio, no hay una sola acción, una sola palabra, un solo pensamiento, una sola voluntad y una sola pasión en los agentes que concurren á la revolución, como destructores ó como víctimas, que no sea necesario,

que no obre como debe obrar y que no produzca infaliblemente los efectos que debe producir según el lugar que ocupan dichos agentes en ese torbellino moral; esto parecerá evidente á una inteligencia que se halle en estado de apreciar todas las acciones y reacciones de los espíritus y de los cuerpos de cuantos contribuyen á esa revolución.»

Holbach murió el 21 de Junio de 1789, pocos días después de que los diputados del tercer estamento se constituyeran en asamblea nacional; la revolución, que hizo regresar á su amigo Grimm á Alemania y puso con frecuencia en peligro la vida de Lagrange, iba á comenzar realmente cuando murió el hombre que tan poderosamente la había abierto el camino y enseñado á considerarla como un acontecimiento natural y necesario. De una importancia especial es, por último, el capítulo del orden contra el que Voltaire dirigió sus primeros y violentos ataques. Voltaire es aquí, como casi siempre, el órgano del sentido común que se anega en sus decisiones sentimentales y sus razonamientos declamatorios, quedando sin valor alguno enfrente de las consideraciones filosóficas más sencillas; á pesar de esto, no será inútil para nuestro objeto pesar aquí de una vez para siempre los argumentos en pro y en contra, y mostrar que para vencer al materialismo se necesitan armas muy diferentes de las empleadas hasta por el hábil é ingenioso Voltaire.

En el origen, dice el *Sistema de la naturaleza*, la palabra orden no significaba más que nuestro modo de abarcar con facilidad, bajo cada una de sus relaciones, un conjunto en el cual las formas de existencia y acción presentan una cierta concordancia con las nuestras (obsérvese el conocido anacronismo por el cual el concepto más estrictamente exacto se da como siendo la idea primitiva, mientras que en realidad se forma mucho después); el hombre ha llevado en seguida al mundo exterior la manera de concebir que le es propia; pero como en el

mundo todo es igualmente necesario, no puede existir en parte alguna de la naturaleza una diferencia entre el orden y el desorden; estas dos ideas sólo pertenecen á nuestro entendimiento y, como para todas las ideas metafísicas, no hay nada fuera de nosotros que les corresponda; si á pesar de esto se quieren aplicar dichas ideas á la naturaleza, se habrá de entender por orden la serie regular de los fenómenos regida por las leyes inmutables de la naturaleza; por el contrario, desorden queda como una idea relativa, abrazando solamente los fenómenos que á un ser aislado le perturban en la forma de su existencia, en tanto que desde el punto de vista del gran todo no hay perturbación alguna en el sentido absoluto; no hay orden ni desorden en la naturaleza; encontramos el orden en todo lo que es conforme á nuestro sér, y desorden en todo lo que le es contrario.

La consecuencia inmediata de esta teoría es que no puede haber milagros de ningún género en la naturaleza; así es como sacamos únicamente de nosotros mismos la idea de una inteligencia que se propone siempre un fin y la noción contraria ó idea del azar; el todo no puede tener fin alguno porque fuera de él no existe nada á que pueda tender; consideramos como inteligentes las causas que obran á nuestra manera, y la acción de las otras causas nos parece como un juego ciego del azar; no obstante, la palabra azar no tiene sentido más que por oposición á esta inteligencia, cuya idea hemos tomado de nosotros mismos; luego no hay causas obrando ciegamente; sólo nosotros somos los ciegos desconociendo las fuerzas y las leyes de la naturaleza, en la cual atribuimos los efectos al azar.

Aquí encontramos el *Sistema de la naturaleza* completamente en los caminos abiertos por el enérgico nominalismo de Hobbes. Naturalmente, las ideas de bien y de mal que Holbach se ha guardado de dilucidar no deben tener valor más que como ideas simplemente relativas y humanamente subjetivas, lo mismo que las del orden y

desorden, inteligencia y azar; una vez colocado en este punto de vista ya no es posible retroceder, pues la demostración de que estas ideas son relativas y están fundadas en la naturaleza humana es el primer paso, paso indispensable para llegar á una ciencia depurada y profunda; pero, para ir más lejos, el camino está libre todavía; es preciso atravesar la teoría que explica el origen de las ideas por la organización del hombre para avanzar más allá de los límites del materialismo; en cambio, las tesis del *Sistema de la naturaleza* son de una solidez inquebrantable contra toda oposición fundada en la preocupación vulgar de que atribuímos al azar los efectos que no sabemos relacionar á sus causas; «el orden y el desorden no están en la naturaleza». ¿Qué dice á esto Voltaire? Escuchemos sus palabras y permitámonos responder en nombre de Holbach.

«¡Cómo! ¿en el mundo físico, un niño ciego de nacimiento, un niño desprovisto de piernas, un aborto, no es una desviación en la naturaleza de la especie? ¿no es la regularidad ordinaria de la naturaleza lo que constituye el orden y la irregularidad lo que constituye el desorden? Un niño á quien la naturaleza le da el apetito y le cierra el esófago, ¿no es la prueba de una profunda perturbación, de un desorden mortal? Las evacuaciones de todo género son necesarias y, no obstante, las vías de secreción no tienen á menudo salida, lo que obliga á recurrir á la cirugía; este desorden tiene sin duda su causa, pues no hay efecto sin causa, pero el hecho en cuestión es seguramente una perturbación considerable del orden.» No se puede negar ciertamente, según nuestra manera anticientífica de pensar en la vida cotidiana, que un aborto sea una gran violación en la naturaleza de la especie; pero esta «naturaleza de la especie», ¿es otra cosa que una idea empírica concebida por el hombre, idea sin ninguna relación con la naturaleza objetiva y sin importancia alguna? No basta admitir

que el efecto (que por su relación íntima con nuestras propias sensaciones se nos aparece como un desorden) tiene su causa; es preciso también admitir que esta causa está en conexión necesaria é invariable con todas las otras causas del universo y que, por consecuencia, el mismo gran todo produce de la misma manera y según las mismas leyes, en la mayoría de los casos, la organización incompleta; desde el punto de vista del gran todo (y para ser justo Voltaire hubiera debido colocarse en él) es imposible que haya desorden en lo que emana de su orden eterno, es decir, de su curso regular; pero el *Sistema de la naturaleza* no niega que fenómenos de este género produzcan en las personas sensibles y compasivas la impresión de un desorden, de una abominable perturbación; Voltaire no ha probado, pues, nada que no estuviese concedido de antemano y, en cuanto al fondo mismo de la cuestión, ni siquiera ha tocado á una letra; veamos si prueba algo más respecto al mundo moral.

«El asesinato de un amigo ó de un hermano, ¿no es una horrible perturbación en el dominio moral? Las calumnias de un Garasse, de un Tellier ó de un Doucin contra los jansenistas y las de los jansenistas contra los jesuitas, como las mentiras de un Patouillet y de Paulian, ¿no son pequeños desórdenes? La Saint-Barthelemy, los degüellos de Irlanda, etc., etc., ¿no son desórdenes execrables? Esos crímenes tienen su causa en las pasiones, cuyos efectos son abominables; la causa es fatal, pero esta causa nos hace estremecer de horror.» Sin duda el asesinato es un acto que nos horroriza y le consideramos como una espantosa perturbación del orden moral en el mundo; sin embargo, podemos llegar al pensamiento de que los desórdenes y las pasiones de que nacen los crímenes no son más que efectos necesarios, inseparables de los actos y de los impulsos del hombre como la sombra es inseparable de la luz. Estamos en absoluto obligados á admitir esta necesidad desde que, en vez de jugar con la idea de causa,

reconocemos seriamente que las acciones del hombre están ligadas entre sí y con el conjunto de la naturaleza *de las cosas* por un encadenamiento de causas completo y determinante; y entonces aquí, como en el terreno físico, encontraremos una esencia fundamental, común á todo, indisolublemente ligada en todas sus partes por el encadenamiento de las causas, la naturaleza misma, que obra según leyes eternas y produce en virtud del mismo orden inmutable la virtud y el crimen, la indignación contra el delito y la convicción de que la idea de una perturbación en el orden del mundo, que se asocia á esta indignación, es una idea humana incompleta é insuficiente.

«Falta sólo indicar el origen de este desorden que no es sino demasiado real.» Dicho origen se encuentra en las ideas del hombre; esa es la cuestión; pero Voltaire no ha probado nada más. El entendimiento humano, desprovisto de lógica y de método, aun cuando pertenezca al hombre más ingenioso, ha confundido en todo tiempo sus ideas empíricas con la naturaleza de las cosas en sí, y es probable que obró en consecuencia de esto. Sin entrar por ahora en una crítica profunda del sistema de Holbach, crítica que se producirá por sí misma en el curso de nuestra obra, nos limitaremos á decir que los materialitas, demostrando victoriamente la regularidad de todo cuanto sucede, se encierran muy á menudo en un círculo de ideas estrechas que perjudican considerablemente á la exacta apreciación de la vida intelectual, en tanto que las concepciones puramente humanas desempeñan en ella un papel legítimo. El espíritu crítico, rechazando su pretendida objetividad á las ideas teológicas de inteligencia en la naturaleza, de orden y desorden, etc., deduce con frecuencia que se desprecia demasiado el valor de esas ideas por el hombre y que se llega hasta rechazarlas como cosas vacías; es verdad que Holbach reconoce cierto derecho de existencia á esas ideas tomadas como tales; el hombre, dice, puede servirse de ellas con tal de que con-

serve su independencia á su modo y diga, cuando se trate de ellas, no que son realidades exteriores, sino conceptos que no las representan exactamente; que estas ideas, que no corresponden en modo alguno á las cosas en sí, deben ser toleradas en el vasto dominio de la vida, no sólo como costumbres infantiles cómodas é inofensivas, sino también á pesar y aun tal vez á causa de su origen humano, porque forman parte de los más nobles bienes de la humanidad á la que pueden proporcionar una dicha que ninguna otra cosa podría reemplazar, son consideraciones muy extrañas para el materialista, y le son extrañas, no sólo porque quizá se encuentran en contradicción con su sistema, sino también porque el desarrollo de sus ideas en la lucha y el trabajo le alejan de este aspecto de la vida humana. De ahí resulta que, en los conflictos con la religión, el arma del materialismo se hace más peligrosa que las otras armas; este sistema se muestra también más ó menos hostil á la poesía y al arte, que tienen estas ventajas como libres creaciones del espíritu humano en oposición con la realidad, francamente permitidas y consagradas, mientras no se confundan completamente (en los dogmas religiosos y las construcciones arquitectónicas de la metafísica) con una falsa pretensión á la objetividad; la religión y la metafísica tienen con el materialismo relaciones más profundas que estudiaremos ulteriormente; entretanto, echemos una ojeada al arte á propósito del capítulo del orden y del desorden.

Si el orden y el desorden no existen en la naturaleza, la oposición entre lo bello y lo feo sólo existirá en el entendimiento humano; por estar siempre presente este pensamiento en el espíritu del materialista es por lo que fácilmente se aleja en cierto modo de la esfera de lo bello, y, por la misma razón, está más cerca del bien y más aún de lo verdadero; si un materialista se hiciese crítico de arte, tendería necesariamente, más que un crítico siguiendo otra dirección, á buscar en el arte la verdad natural,

desconociendo y desdeñando el ideal y lo bello propiamente dichos, sobre todo cuando se halla en conflicto con la verdad natural; por eso vemos á Holbach casi desprovisto del sentido de la poesía y del arte; por lo menos no encontramos en sus escritos ninguna huella de ellos. Pero Diderot, que abrazó primero contra su voluntad y luego con extraordinario entusiasmo la profesión de crítico de arte, nos muestra de un modo sorprendente el influjo del materialismo en la apreciación de lo bello. Su *Ensayo acerca de la pintura* y las admirables reflexiones de Goethe, están en las manos de todo el mundo, ¡Con qué tenacidad Goethe insiste en el fin ideal del arte en tanto que Diderot se obstina en afiliar al principio de las artes plásticas la idea de la lógica y de la naturaleza! No hay orden ni desorden en la naturaleza; desde el punto de vista de la naturaleza (á poco que nuestros ojos sepan discernir los rasgos delicados de una composición bien encadenada en todas sus partes), ¿valen las formas de un jorobado las de una Venus? Nuestra idea de la belleza, ¿no es en el fondo estrecha y completamente humana? Extendiendo y desarrollando cada vez más estos pensamientos, el materialismo cercena la alegría pura que inspira la belleza y la impresión sublime que resulta del ideal.

Diderot era naturalmente idealista, y encontramos en él expresiones que revelan el idealismo más ferviente; pero esta circunstancia muestra tanto más claramente la influencia del sistema materialista que le arrastra en cierto modo á pesar suyo; Diderot llega hasta negar que el ideal, «la verdadera línea», pueda encontrarse por la aglomeración empírica de las más bellas formas parciales que ofrece la naturaleza; el ideal emana del espíritu del gran artista como un prototipo de la verdadera belleza, de la cual la naturaleza se aleja siempre y en todas partes bajo la presión de la necesidad. Esta tesis es tan verdadera como la aserción de que la naturaleza, en la estructura de un jorobado ó de una mujer ciega, proseguiría hasta la

extremidad de los pies las consecuencias de esos defectos, una vez existentes, con una delicadeza que el más grande artista no podría alcanzarlo; pero, lo que no es cierto, es la reunión de esas dos tesis, observando que no tendríamos necesidad de ideal alguno y hallaríamos en la copia inmediata de la naturaleza la satisfacción suprema si estudiésemos en estado de penetrar todo el sistema de esos encadenamientos lógicos de los elementos (39). Llevando la cuestión hasta los últimos límites, pudiera preguntarse si para un conocimiento absoluto, que en el examen de un solo fragmento discierne sus relaciones con el todo y por el cual toda concepción es una concepción del universo, si para tal conocimiento absoluto, repetimos, puede existir todavía una belleza cualquiera separable de la realidad. Pero Diderot no entiende así la cuestión; su tesis debe soportar una aplicación práctica para el artista y el crítico de arte; debe también admitir que las desviaciones de la «verdadera línea» del ideal son permitidas hasta cierto punto, y que aun enfrente de las puras proporciones normales, constituyen el verdadero ideal en la medida que resulten tener valor, al menos para el sentimiento, las proporciones verdaderas de las cosas en cuanto á su unidad y á su encadenamiento lógico; pero el ideal pierde así su originalidad; lo bello está subordinado á lo verdadero y de este modo su importancia propia desaparece. Si queremos evitar este inconveniente, debemos ante todo concebir las ideas morales y estéticas como producciones necesarias, formadas según leyes eternas por la fuerza general de la naturaleza en el dominio especial de la inteligencia humana; estos son los pensamientos y las aspiraciones que engendran las ideas de orden y belleza; después aparece el conocimiento de la filosofía de la naturaleza que destruye esas ideas, pero que vuelven á renacer continuamente de las ocultas profundidades del alma, y, en esta lucha del alma que cree con el alma que conoce, no hay ya nada antinatural, nada

que no exista en cualquiera otro conflicto de los elementos de la naturaleza ó en la guerra de exterminio por la existencia que se hacen entre sí los seres vivos; además, colocándose en el punto de vista más abstracto, es preciso negar el error lo mismo que el desorden; el error nace también de la acción (seguida por leyes) de las impresiones del mundo exterior en los órganos de una persona y recíprocamente; el error es, lo mismo que una noción mejor, el modo y la manera con que los objetos del mundo exterior se proyectan, por decirlo así, en la conciencia del hombre. ¿Existe un conocimiento absoluto de las cosas en sí? El hombre en todo caso no parece poseerlo; pero si existe para él una manera de conocer superior, conforme á la esencia de su ser, frente á la cual el error ordinario, por más que sea también una manera de conocer determinado por leyes, debe ser sin embargo llamado error, es decir, desviación condenable de este modo superior de conocer, ¿no tendría igualmente un orden fundado en la esencia del hombre y merecería ser colocado sencillamente al mismo nivel de su opuesto, el desorden, es decir, un orden divergente y antipático á la naturaleza humana?

Por prolijo que sea el estilo del *Sistema de la naturaleza*, donde se hallan frecuentes repeticiones, no por eso deja de contener muchas tesis completas, notables unas por su energía y solidez lógica y otras muy adecuadas para poner de manifiesto los límites estrechos en que se mueve la concepción materialista del universo. Mientras que la Mettrie, con maligno placer, se hacía pasar por cartesiano y afirmaba, acaso de buena fe, que Descartes había definido al hombre como una máquina, concediéndole un alma inútil sólo por no disgustar á los curas, Holbach, por el contrario, acusa principalmente á Descartes de haber sostenido el dogma de la espiritualidad del alma. «Aunque antes de él se imaginaban el alma como espiritual, fué, sin embargo, el primero que erigió en

principio que el sér pensante debe ser distinto de la materia, de donde dedujo después que lo que piensa en nosotros es un espíritu, es decir, una substancia simple é indivisible; ¿no hubiera sido más natural deducir: puesto que el hombre, sér material, piensa realmente, se sigue que la materia tiene la facultad de pensar?» Holbach maltrata del mismo modo á Leibnitz por su armonía preestablecida y sobre todo á Malebranche, el inventor del occasionalismo; no se toma el trabajo de refutar á esos filósofos de una manera profunda, se contenta con repetir siempre que sus principios fundamentales son absurdos; desde su punto de vista no es injusto del todo, porque si no se saben admirar los penosos esfuerzos de estos hombres para dar una forma precisa á la idea que vivía en ellos y se examinan sus sistemas según el puro razonamiento, no hay quizá expresión de desdén bastante fuerte para caracterizar la frivolidad y el atolondramiento con que estos filósofos tan admirados fundan sus sistemas sobre puras quimeras.

Holbach ve en todas partes el influjo exclusivo de la teología y desconoce completamente la tendencia que impulsa al hombre á crear sistemas de metafísica, tendencia tan esencial, á lo que parece, de nuestra naturaleza como la que nos lleva, por ejemplo, á la arquitectura. «No debemos asombrarnos, dice Holbach, de ver las hipótesis tan ingeniosas como insuficientes á que, obligados por las preocupaciones teológicas, recurren los más profundos pensadores de los tiempos modernos tantas veces como tratan de conciliar la naturaleza espiritual del alma con la influencia física de seres materiales sobre dicha substancia inmaterial, y de explicar la reacción del alma sobre esos seres, así como en general su unión con el cuerpo.» Un solo espiritualista le dejó perplejo (y aquí volvemos á tropezar con la cuestión fundamental á la que nuestra teoría nos va aproximando más cada vez), Berkeley, obispo anglicano, arrastrado mucho más que

Descartes y Leibnitz por las preocupaciones teológicas, y que llegó, no obstante, á una concepción del universo más lógica y en principio la más lejana de la fe de la Iglesia que las de aquellos dos filósofos. «¿Qué diremos de un Berkeley que se esfuerza en probarnos que todo en el mundo no es más que una ilusión quimérica, que el universo entero no existe más que en nosotros mismos y en nuestra imaginación, y que hace problemática la existencia de todas las cosas con el auxilio de sofismas insolubles para todos los que sostienen la espiritualidad del alma?» Holbach se olvida de exponer cómo aquellos que no están apasionados por la existencia de un alma inmaterial pueden triunfar de Berkeley, y confiesa en una nota que este sistema, el más extravagante de todos, es también el más difícil de refutar (40). El materialismo toma obstinadamente el mundo de los sentidos por el mundo real; ¿qué armas tiene contra los que combaten este punto de vista tan cándido? ¿son las cosas como parecen ser? ¿existen en sí mismas? Estas son las cuestiones que vuelven eternamente en la historia de la filosofía y á las cuales sólo la época actual puede dar una respuesta medio suficiente, respuesta que seguramente no es en favor de ninguna de las dos concepciones extremas.

Holbach se ocupa de las bases de la moral con un entusiasmo ciertamente sincero; es verdad que es difícil encontrar en él un pensamiento que no le haya emitido antes la Mettrie; pero lo que este último ha dicho al azar, descuidadamente, en medio de reflexiones frívolas, lo hallamos en Holbach depurado, coordinado y concluído de una manera sistemática, severamente limpio de toda bajeza y frivolidad; como Epicuro, Holbach hace el objeto de los esfuerzos de la humanidad la felicidad durable, no el placer efímero. El *Sistema de la naturaleza* contiene también un ensayo destinado á fundar la moral sobre la fisiología; á este elogio va unido un enérgico elogio de las virtudes cívicas. «Si se consultase á la experiencia en vez

de atenderse á las preocupaciones, la medicina suministraría á la moral la llave del corazón humano, y al curar el cuerpo podría estar segura muchas veces de curar el espíritu.» Veinte años después el ilustre Pinel, médico de la escuela de Condillac, fundó la psiquiatría moderna que, dulcificando los más terribles sufrimientos de la humanidad, nos ha conducido á tratar á los alienados cada día con más afecto y á ver locos en un gran número de criminales. «El dogma de la espiritualidad del alma ha hecho de la moral una ciencia de conjeturas que no nos da á conocer de ningún modo los verdaderos móviles que se deben emplear para influir en los hombres; ayudados por la experiencia (si conociésemos los elementos que forman la base del temperamento de un hombre ó del mayor número de los individuos de que se compone un pueblo), sabríamos lo que les conviene, las leyes que les son necesarias y las instituciones que puedan serles útiles; en una palabra, la moral y la política pudieran sacar del materialismo ventajas que el dogma de la espiritualidad no les suministrará nunca y las cuales les impide hasta pensar». Este pensamiento de Holbach espera todavía hoy su porvenir, y es probable que al cabo la estática moral haga más por la física de las costumbres que la fisiología.

Holbach deriva todas las facultades morales é intelectuales de nuestra sensibilidad; esta última es la que recibe las impresiones externas; «un alma sensible no es más que un cerebro humano organizado de tal modo que recibe con facilidad los movimientos que le comunican; así llamamos impresionable al que llora al ver un desgraciado, al oír el relato de un terrible accidente ó ante el simple pensamiento de una escena aflictiva». Aquí Holbach trata de fundar los principios de una filosofía moral materialista que todavía hoy nos falta, y de la cual esperamos una exposición completa, aun cuando no tengamos la intención de atenernos á su punto de vista. Se trata de dar con el principio que sobrepuje al egoísmo; segura-

mente la piedad no basta, pero si se le añade la simpática alegría, si se extiende lo suficiente su horizonte para ver toda la parte natural que el hombre de una organización superior toma en el destino de los seres á quienes reconoce como semejantes suyos, entonces tendremos ya una base por medio de la cual se podría, si es necesario, demostrar, sobre poco más ó menos, que las virtudes entran también insensiblemente en el hombre por los ojos y los oídos. Sin atreverse á dar con Kant el paso decisivo que trastorna todas las relaciones de la experiencia concernientes al hombre y á sus ideas, se pudiera, sin embargo, establecer también esta moral sobre un fundamento sólido, mostrando cómo, por intermedio de los sentidos, se forman poco á poco en el transcurso de miles de años una solidaridad del género humano para todos los intereses, de donde resultaría que todos los individuos sentirían los placeres y dolores de la humanidad entera por la armonía ó desarmonía de sus propios pensamientos y sensaciones con esos mismos dolores y placeres. En vez de seguir el curso natural de estas ideas, Holbach, después de algunas digresiones que recuerdan mucho las de Helvetius sobre el espíritu y la imaginación, se obstina en derivar la moral de los discernimientos de los medios para alcanzar la dicha, procedimiento que refleja completamente el espíritu de su siglo, tan antihistórico y tan dado á las abstracciones.

Los pasajes políticos del libro que nos ocupa son, ciertamente, más importantes de lo que por lo general se piensa; la doctrina que encierran tiene tal carácter de firmeza, de decisión y absoluto radicalismo, disimulan bajo la fe en el éxito ó de la resignación filosófica una irritación tan implacable contra el orden de cosas existente, que hubieran debido ejercer una influencia más profunda que las largas tiradas de una retórica espiritual y apasionada; se hubiera fijado más la atención en ello si no fueran tan concisos y estuviésemos diseminados en la

obra. «El gobierno, tomando su poder de la sociedad y establecido para el bien de ésta, es evidente que la sociedad puede revocar ese poder cuando su interés lo exija, cambiar la forma de su gobierno y extender ó limitar el poder que ha confiado á sus jefes, sobre los cuales conserva siempre una autoridad suprema por la ley inmutable de la naturaleza, que quiere que la parte esté subordinada al todo». Este párrafo del capítulo IX sobre las bases de la moral y la política, da la regla general; el pasaje siguiente del capítulo XI sobre el libre albedrío, ¿no encontraría aún su aplicación en nuestra época? «Vemos tantos crímenes en la tierra porque todo conspira á hacer á los hombres criminales y viciosos; sus religiones, sus gobiernos, su educación y los ejemplos que tienen ante sus ojos les lanzan irresistiblemente al mal; en tales casos la moral les prescribe inútilmente la virtud, que no sería más que un sacrificio doloroso del feliz en las sociedades donde el vicio y el crimen son constantemente premiados, estimados y recompensados, y donde los desórdenes más tremendos no se castigan más que en aquellos que son demasiado débiles para que tengan derecho de cometerlos impunemente; la sociedad castiga en los pequeños los delitos que respeta en los grandes, y á menudo comete la injusticia de decretar la muerte contra aquellos á quienes las preocupaciones públicas que ella mantiene han hecho criminales.»

Lo que distingue al *Sistema de la naturaleza* de la mayor parte de los escritos materialistas, es el tono decidido con que toda la segunda parte de la obra, que es más fuerte todavía que la primera, combate en catorce capítulos muy extensos la idea de Dios bajo todas las formas posibles. Casi toda la literatura materialista de la antigüedad y de los tiempos modernos, cuanto se ha atrevido á concluir en este sentido lo ha hecho tímidamente; hasta Lucrecio, para quien libertar al hombre de las cadenas de la religión constituye la base más sólida de una regene-

ración moral, hace llevar, por lo menos á ciertos fantasmas de divinidades, en los intervalos de los mundos una existencia enigmática. Hobbes, que en teoría está por cierto más próximo del ateísmo francamente declarado, hubiera hecho ahorcar en un estado ateo á cualquier ciudadano que hubiese enseñado la existencia de Dios, pero en Inglaterra reconocía todos los artículos de fe de la Iglesia anglicana; la Mettrie, que se atrevió á hablar, pero sin ambages y sin equívocos, sólo dedicó sus esfuerzos al materialismo antropológico; Holbach es el primero que parece dar la mayor importancia á las tesis cosmológicas. Es verdad que considerándolo más de cerca, se observa fácilmente que aquí como en Epicuro son puntos de vista prácticos los que con especialidad inspiran á Holbach; considerando la religión como el origen principal de toda corrupción humana, se esfuerza en extirpar esa inclinación malsana de la humanidad hasta en sus últimas raíces: así es que hace la guerra á las concepciones deístas y panteístas de Dios, tan queridas de sus contemporáneos, con tanto ardor como á las ideas de la Iglesia; sin duda fué esta circunstancia la que suscitó, aun entre los librepensadores, tan violentos enemigos contra el *Sistema de la naturaleza*.

Los capítulos dirigidos contra la existencia de la divinidad son para la mayor parte muy enojosos; los argumentos con que la lógica quiere demostrar la existencia de Dios son de ordinario tan débiles y tan nebulosos que, admitiéndolos ó rechazándolos, se prueba sencillamente que uno está más ó menos dispuesto á ilusionarse á sí mismo; el que se contenta con semejantes demostraciones no hace más que dar una expresión escolástica á su deseo de admitir un Dios; este mismo deseo, mucho tiempo antes de que Kant entrase en este camino para establecer la idea de Dios, sólo se derivó de la actividad práctica del espíritu ó de la vital del alma, pero nunca de la filosofía teórica; el amor escolástico á las discusiones inútiles puede de seguro sa-

tisfacerse cuando gire la discusión sobre las proposiciones siguientes: «el sér existente por sí mismo debe ser infinito y poseer la ubicuidad» ó «el sér necesariamente existente es necesariamente único»; pero ideas tan vagas no podrán dar materia para un trabajo inteligente, serio y digno de un hombre; ¿qué decir ahora cuando un pensador como Holbach consagra cerca de cincuenta páginas de su libro únicamente para refutar la demostración de la existencia de Dios de Clarke, demostración que descansa siempre en frases desnudas *a priori* de toda significación precisa?

El Sistema de la naturaleza trata con evidente solitud de llenar el tonel de las Danaides; Holbach analiza despiadadamente frase por frase para venir siempre á parar á las mismas conclusiones: que no hay razón para admitir la existencia de un dios y que la materia ha existido de toda eternidad; por lo demás, Holbach supo muy bien que combatía, no un argumento, sino apenas la sombra de un argumento; en un pasaje demuestra que la definición de la nada dada por Clarke equivale completamente á su definición de Dios, que no contiene más que atributos negativos, y en otro párrafo hace observar que, según una locución vulgar, nuestros sentidos sólo nos manifiestan la corteza de las cosas; pero, añade, en lo concerniente á Dios no nos muestran ni aun la corteza. Es notable, sobre todo, la reflexión siguiente: «El doctor Clarke nos dice que es suficiente que los atributos de Dios sean posibles y tales que no admitan demostración de lo contrario; ¡extraña manera de razonar! La teología será, pues, la única ciencia donde sea permitido deducir que una cosa es desde el instante en que es posible;» aquí Holbach pudiera haber preguntado cómo es posible que personas bastante sanas de espíritu y de una conducta casi irreprochable se contenten con aserciones completamente construidas sobre el aire; ¿no hubiera debido admitir que las ilusiones del hombre, respecto á la religión,

son de otra naturaleza que las de la vida cotidiana? Holbach no veía ni aun la corteza de Dios en la naturaleza externa; no obstante, sus débiles argumentos, ¿no pudieran constituir una fragil corteza bajo la cual se ocultase una idea de Dios más sólidamente fundada en las facultades del alma humana? Pero para esto hubiera sido preciso juzgar la religión de un modo más equitativo, bajo la relación de su valor moral y civilizador, que es lo que no había que esperar de ningún modo, dado el terreno en que el *Sistema de la naturaleza* había fructificado.

El capítulo IV de la segunda parte, relativo al panteísmo, demuestra sobre todo en qué punto de vista tan estrecho se había colocado el *Sistema de la naturaleza* en lo que concierne á la idea de Dios. Cuando se piensa que durante mucho tiempo espinosismo fué sinónimo de materialismo, y que por naturalismo se entendía muy á menudo las dos tendencias reunidas, cuando se piensa que se hallan con harta frecuencia aspiraciones del todo panteístas entre los hombres que están designados entre los jefes del materialismo, hay que asombrarse del ardor desplegado por Holbach para barrer del pensamiento humano el sencill nombre de Dios, siendo así que se le identifica con la palabra naturaleza; y no obstante, Holbach en esto no va demasiado lejos, considerándole desde su punto de vista; porque es precisamente la disposición mística (esencial al alma humana) la que considera como enfermedad y á la que atribuye los más grandes males que afligen á la humanidad; y de hecho, á poco que se dé una idea de Dios, probada y definida, no importa cómo, el alma humana se apoderará de ella, la transformará poéticamente y la personificará, tributándole un culto, una adoración cualquiera, cuyo influjo en la vida no dependerá ya apenas del origen lógico y metafísico de la idea. Si este impulso hacia la religión, que sin cesar se produce á pesar de los argumentos de la lógica, no tiene ni aun el valor de la poesía, si por el contrario es completamente perjudicial,

cierto que entonces será preciso exterminar hasta el nombre de Dios, y sólo de esta suerte se llegará á edificar sobre un fundamento sólido una concepción del universo conforme con la naturaleza; pero entonces tendremos que acusar á Holbach de una pequeña debilidad oratoria que pudiera tener peligrosas consecuencias, cuando habla del verdadero culto y de los altares de la naturaleza.

¡Con qué frecuencia los extremos se tocan! En el mismo capítulo en que Holbach conjura á sus lectores á liberar para siempre á la humanidad del fantasma de Dios y á no volver á pronunciar más su nombre, contiene un párrafo que representa la inclinación del hombre á lo maravilloso como tan universal, tan arraigada y tan irresistible que no es ya posible considerarlo como una enfermedad pasajera del desarrollo humano; por el contrario, es preciso admitir formalmente una caída del hombre por el pecado, pero en un sentido inverso á la tradición, con objeto de evitar la conclusión de que este amor á lo maravilloso es tan natural en el hombre como la pasión por la música, los hermosos colores y las bellas formas, siendo imposible resistir á la ley de la naturaleza que le ha hecho de tal modo: «Los hombres prefieren siempre lo maravilloso á lo sencillo, lo que no entienden á lo que pueden entender; menosprecian los objetos que les son familiares y no estiman más que aquellos que no se hallan en estado de apreciar; de lo que sólo tienen ideas vagas deducen que encierra algo importante, sobrenatural ó divino; en una palabra, le es necesario el misterio para conmover su imaginación, ejercitar su espíritu y saciar su curiosidad, que sólo trabaja cuando se ocupa en enigmas imposibles de adivinar.» En una nota relativa á este párrafo, Holbach observa que muchos pueblos pasaron de una divinidad comprensible, el sol, á una divinidad incomprensible; ¿por qué?... porque el Dios desconocido, el más oculto y el más misterioso, complace siempre mucho más á la imaginación que un sér visible. Todas las religiones tienen, pues, necesidad de

misterio, y este es el secreto del sacerdocio; he aquí de nuevo á los sacerdotes en litigio, cuando sería quizá más lógico deducir que esta clase ha nacido primitiva y naturalmente de la necesidad que el pueblo siente de tener misterios, y que, á pesar del progreso y de su ilustración, dicha clase comprende que no puede elevar al pueblo á concepciones más puras porque su grosera inclinación hacia lo misterioso es mucho más fuerte y poderosa; también se ve que en este combate á raja tabla contra las preocupaciones, la preocupación misma desempeña aún un papel muy importante.

Del mismo modo razona Holbach en los capítulos consagrados á las relaciones de la religión con la moral; lejos de proceder con crítica y combatir el prejuicio que hace de la religión la única base de los actos morales, el *Sistema de la naturaleza* se esfuerza en demostrar lo que las religiones positivas, y sobre todo el cristianismo, han perjudicado á la moral; los dogmas y la historia le suministran numerosos hechos en apoyo de esta tesis que, en general, está superficialmente sostenida; así, por ejemplo, hay detrimento para la moral cuando la religión promete perdonar á los malvados mientras que abrumba á los buenos bajo el peso de sus exigencias; alienta, pues, á los unos y á los otros los desanima; pero qué acción en el transcurso de los siglos tendrá en la humanidad este debilitamiento, resultado de la oposición tradicional entre los «buenos» y los «malvados», es lo que no ha examinado el *Sistema de la naturaleza*; y, sin embargo, un verdadero sistema de la naturaleza debería mostrarnos que esta oposición tan marcada es engañosa, que su consecuencia es oprimir cada vez más al pobre, degradar al débil y maltratar al enfermo, mientras que afirmando la igualdad de las faltas y preparando la conciencia de la humanidad, el cristianismo está de acuerdo con las conclusiones á que debe conducirnos el estudio escrupuloso de la naturaleza, y particularmente la eliminación de la idea del libre albedrío;

los «buenos», es decir, los dichosos, han tiranizado en todo tiempo á los desgraciados; seguramente, en este punto, la Edad Media cristiana no vale más que el paganismo; ha sido menester la ilustración de los tiempos modernos para alcanzar una mejoría sensible. El historiador ha debido preguntarse seriamente si los principios del cristianismo, después de haber luchado durante miles de años bajo la forma mística contra la brutalidad de los hombres, no han dado sus mejores frutos en el momento en que va á desaparecer, habiéndose hecho capaz la humanidad de concebir el pensamiento puro separado del símbolo.

En cuanto á lo que concierne á la forma religiosa en sí, y sobre todo á esa inclinación del alma por el culto y las ceremonias ó bien por las emociones que perturban y enervan la vida del espíritu, inclinación que tantas veces se ha confundido con la religión, se puede preguntar si la molice y la sensibilidad excesivas que resultan de ella y si la opresión del buen sentido y la corrupción de la conciencia natural que la acompaña, no son con frecuencia tan perniciosos para los pueblos como para los individuos; por lo menos, la historia de los hospicios de alienados, los anales de la justicia criminal y la estadística moral suministran hechos cuyo conjunto pudiera constituir un día una demostración empírica; Holbach sabe poco de eso; en general, no procede empírica sino deductivamente, y todas sus hipótesis relativas al influjo de la religión descansan en la apreciación exclusiva de los dogmas por el simple razonamiento; con este método, el resultado de su crítica es bastante insuficiente.

Mucho más incisivos y profundos son los capítulos en que Holbach demuestra que hay ateos y que el ateísmo puede conciliarse con la moral; se apoya en Bayle, que fué el primero que declaró claramente que las acciones de los hombres no resultan de sus ideas generales, sino

de sus inclinaciones y de sus pasiones; la manera que tiene de tratar la cuestión de si todo un pueblo puede profesar el ateísmo no carece de interés. En muchas ocasiones hemos manifestado las tendencias democráticas del materialismo francés, que contrastan singularmente con el efecto producido por esta concepción del mundo en Inglaterra; Holbach no es, por cierto, menos revolucionario que la Mettrie y Diderot; ¿de qué proviene que después de haberse tomado tanto trabajo en hacerse popular, después de haber hecho un extracto de su obra capital para poner el materialismo «al alcance de las criadas y de los barberos», como decia Grimm, declaró inmediata y categóricamente que esta teoría no se dirigía á la masa del pueblo? Holbach, que á causa de su radicalismo estaba, por decirlo así, excluido de los espirituales salones de la aristocracia parisién, no participaba de las contradicciones de muchos escritores de esta época, que trabajaban con todas sus fuerzas en la ruina del orden de cosas existentes y se conducían, no obstante, como aristócratas, menospreciando á los estúpidos aldeanos á quienes querían, en caso de necesidad, darles un dios á fin de tener un espantajo que los mantuviera en el temor.

Holbach parte del principio de que la verdad no puede perjudicar nunca; esta es la conclusión que saca de una aserción anterior, por la que, en general, una noción teórica, aunque falsa, no puede ser peligrosa; aun los errores de la religión no deben su influjo práctico más que á las pasiones que se unen á ellos y gracias al poder secular que las sostiene por la fuerza; las opiniones extremas pueden subsistir las unas al lado de las otras, supuesto que por medios violentos no se trate de dar el poder exclusivo á alguna de ellas; en cuanto al ateísmo, que se funda en el conocimiento de las leyes de la naturaleza, no puede generalizarse por la sencilla razón de que la gran mayoría de los hombres no tienen tiempo ni deseo de elevarse por largos y serios estudios á una manera de pensar en-

teramente nueva; á pesar de eso, el *Sistema de la naturaleza* está lejos de entregar á las masas populares la religión en vez de la filosofía; deseando una libertad ilimitada de pensamiento con la indiferencia completa del Estado, quiere que las inteligencias de los hombres se desarrollen naturalmente; creerán lo que quieran y aprenderán lo que puedan; los frutos de las investigaciones filosóficas serán pronto ó tarde provechosos á todos, absolutamente lo mismo que lo son ya los resultados obtenidos por las ciencias de la naturaleza; cierto que las nuevas ideas encontrarán una viva oposición, pero la experiencia demostrará que son esencialmente saludables; sin embargo, cuando se trate de su propaganda no hay que limitarse á considerar lo presente, hay que mirar también á lo porvenir y á la humanidad entera; el tiempo y el progreso de los siglos acabarán por ilustrar á su vez á los principes que ahora se oponen con tanta obstinación á la verdad, á la justicia y á la libertad humanas.

El mismo espíritu anima al capítulo final, en donde se cree reconocer la pluma entusiasta de Diderot; ese «Esbozo del código de la naturaleza» no es un catecismo seco y árido como el que la Revolución francesa redactó según los principios de Holbach, es más bien un magnífico trozo de estilo y, en muchos conceptos, una verdadera obra maestra; en un párrafo bastante largo, Holbach, como Lucrecio, hace hablar á la naturaleza, la cual invita á los hombres á seguir sus leyes, á gozar de la dicha que les ha concedido, á servir á la virtud y á menospreciar el vicio sin odiar á los viciosos, de quienes más bien hay que tener piedad como infortunados que son; la naturaleza tiene sus apóstoles sin cesar ocupados en proporcionar la dicha al género humano, y, si no lo consiguen, tendrán por lo menos la satisfacción de haberlo intentado; la naturaleza y sus hijas, la Virtud, la Razón y la Verdad, son finalmente invocadas como las únicas divinidades que merecen ser incensadas y queridas; así,

por un arranque poético, después de haber destruído todas las religiones, el *Sistema de la naturaleza* da él mismo nacimiento á una nueva religión; esta religión, ¿llegaría á su vez á producir un clero ambicioso?

La inclinación del hombre al misticismo, ¿es bastante grande para que la tesis de la obra, que rechaza hasta el panteísmo y borra el nombre de la divinidad, llegue á ser el dogma de una nueva Iglesia que sabrá mezclar hábilmente lo inteligible con lo ininteligible y crear ceremonias y formas de un culto? ¿Dónde la naturaleza engendra su contrario? ¿Cómo la eterna necesidad de todo desarrollo produce lo monstruoso y lo condenable? ¿En qué funda nuestra esperanza de un tiempo mejor? ¿Quién pondrá á la naturaleza en posesión de sus derechos si por todas partes no hay más que naturaleza? Cuestiones á las que el *Sistema de la naturaleza* no da contestación satisfactoria. Hemos llegado á la conclusión y también á los límites del materialismo; lo que el *Sistema de la naturaleza* reunió en un todo bien coordinado, nuestra época á su vez lo ha disgregado y dispersado en todos sentidos; se han descubierto gran número de nuevos argumentos y de nuevos puntos de vista, pero el círculo de las cuestiones fundamentales sigue siendo invariablemente el mismo, tal como era ya en realidad en los tiempos de Epicuro y de Lucrecio.